

**Inspectoría Salesiana
«SAN LUCAS»
Caracas - VENEZUELA**

**PADRE JESUS GONZALEZ HERNANDEZ
MISIONERO SALESIANO
(El «TIGRE» de Manapiare)**

**Inspectoría Salesiana
«SAN LUCAS»
Caracas - VENEZUELA**

Caracas, 1 de abril de 1977

Queridos hermanos:

La mañana del primero de enero nos sorprendió la ingrata noticia del fallecimiento trágico de uno de nuestros grandes misioneros del Alto Orinoco. Se trataba del Padre:

Jesús González Hernández, Salesiano de Don Bosco. Durante 23 años ininterrumpidos había trabajado en las misiones del Alto Orinoco. Puerto Ayacucho, San Fernando de Atabapo, San Juan de Manapiare y El Platanal fueron los lugares que principalmente disfrutaron de su fecunda labor misionera.

A manera de comunicación fraterna dirigida a todos los hermanos y a las personas que lo conocieron en vida, recogemos la hermosa semblanza que el Boletín Salesiano de nuestra Inspectoría envió a toda la Familia Salesiana.



**PADRE JESUS GONZALEZ HERNANDEZ
MISIONERO SALESIANO
(El «TIGRE» de Manapiare)**

**EL PUEBLO PIDIO QUE LO
SEPULTARAN ALLI**

Todo el pueblo de San Juan de Manapiare estaba allí. Había adultos, hombres y mujeres... Y muchos, muchos niños. Entre el pueblo, silenciosos y confundidos, los misioneros se distinguían sólo por su poblada

barba; las misioneras por sus blancas ropas. En el centro del templo, reposando en improvisado catafalco, el cuerpo de quien fuera padre, maestro, fundador del pueblo. Rodeado de rostros austeros, de ojos humedecidos por el llanto, de miradas impregnadas de angustia e insomnio, el Padre Jesús González, el Misione-

ro Salesiano, el "Tigre de Manapiare", se dejaba querer, en el silencio de la muerte, por quienes generalmente había gastado su vida en una entrega constante y desinteresada. Seres de una gran simplicidad, pero de alma grande y agradecida que, ahora, al irse el Padre, sentían la orfandad.

Ayer todos lo recordaban muy bien al terminar la Misa de Medianoche, el Padre los había saludado y deseado mucha felicidad para ese Nuevo Año que acababa de nacer. Y, horas después, en misión de servicio, el Padre había encontrado la muerte. El año 1977 había amanecido grávido por la tragedia. Tan rápido, tan violento había sucedido todo, que aún ante el cadáver del Padre costaba creerlo.

Varios de ellos, en gesto salido del alma, habían pasado la noche construyendo una urna funeraria. Era sencilla, rudimentaria, con madera de los árboles de sus selvas. Allí, en el presbiterio, con la negra pintura aún sin secar, era mudo testimonio de expresiones que no se pueden decir, pero que se llevan muy dentro en el corazón. En San Juan de Manapiare no hay funerarias, ni urnas para los difuntos. Si no llegaba de Puerto Ayacucho la que habían pedido, allí estaba la que ellos habían construido... No, el Padre no se quedaría sin urna... cuando descansase en la tumba.

El pueblo entero pidió que no se llevase al Padre. Ellos lo querían sepultado allí, porque el Padre era algo «muy suyo». Así se lo manifestaron

al Sr. Obispo y este cedió a su demanda. Una fuerza mayor lo impulsaba a ello.

Hacia las nueve y media de la mañana del domingo 2 de enero, llegan dos avionetas de Caracas. Un grupo de Salesianos y varios pilotos amigos del Padre vienen a decirle el adiós postrero. Ya, desde el día anterior, el Sr. Obispo, el Sr. Gobernador y su Señora, así como el Comandante General de la Marina en el Territorio, se hacían presentes, volando inmediatamente desde Puerto Ayacucho. El funeral de cuerpo presente podía comenzar.

Y ALLI QUEDO SEMBRADO, EN SU QUERIDO SAN JUAN

Mons. Enzo Ceccarelli, Obispo del Territorio Amazonas, en su calidad de Vicario Apostólico de Puerto Ayacucho, presidió la concelebración. A su derecha: el P. H. Holgado, Vicario Inspectorial; el P. F. Visentín; el P. A. Merino; a su izquierda: el P. M. Santos, Procurador de las Misiones Salesianas; el P. A. Sánchez, misionero; el P. J.B. Premarini, misionero. Los seis han llegado desde Caracas, esa misma mañana y ahora están concelebrando con Monseñor. En primera fila se destaca el Sr. Gobernador y Sra., con el Comandante de la Marina en el Territorio; detrás, los pilotos Harry Gibson, Boris Kaminski... y otros más, participan recogidos en la ceremonia religiosa. En el altar hay un cáliz; en el piso, una fosa; más atrás, una corona de flores apoyada sobre una urna; cerca de ellas, con sus hábitos

blancos, las Hermanas Salesianas; y el pueblo, todo el pueblo rebosa el sencillo pero espacioso templo de San Juan de Manapiare.

Hay dolor y pesadumbre; casi, confusión; pero la commoción se desborda cuando Monseñor, al momento de la Homilía, después de palabras entrecortadas, debió concluir: «Uds., hermanos, lo conocían bien y saben que cuanto he dicho es verdad».

Después de un breve silencio, la esperanza cristiana ahogó la commoción, y el Sr. Obispo ofrendó el pan y el vino. En aquel pan y aquel cáliz, sin duda, el Señor Jesús habrá aceptado el cuerpo y la sangre de aquel misionero que, impulsado por el amor de Cristo, se hizo caridad con los indios y, por servirles, no con palabras huecas, sino con el testimonio de los hechos, ofrendó su vida...

El sepelio constituyó un momento de pasión: el dolor y las lágrimas culminaron su crudeza. Entre nativos y amigos, aunados y hermanados, la urna, lentamente, es depositada en la fosa.

«Señor, ten misericordia del Padre Jesús González, misionero salesiano, para que encuentre el perdón de todas sus faltas, pues deseó cumplir tu voluntad»..., mansamente murmuraban labios sacerdotales.

Todos quieren descender la urna, decir algo con la mirada al Padre que está dentro. La verdadera fe -continúa el sacerdote- le unía aquí en la tierra a su Pueblo fiel; que tu bondad le una ahora al coro de los elegidos. Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos de los siglos.

Y allí, como gran seleccionado para

germinar en tierras nuevas y producir fecundo el ciento por uno, el P. González, el «Tigre de Manapiare», quedó sembrado.

UN MUCHACHO SALMANTINO POR TIERRAS DE ANDALUCÍA

En Aldeadávila de la Ribera, un pequeño pueblo de la provincia de Salamanca (España), nació el 8 de octubre de 1916 Jesús González Hernández. Sus padres, Santiago y María, formaban una familia cristiana ejemplar. Por eso, no causa admiración si a la corta edad de once años ingresa como aspirante en el Colegio Salesiano de Cádiz. Desde ese momento la vida de Jesús González marcará dos períodos claramente definidos: el primero, durante el lapso de su formación y los primeros diez años de sacerdocio, los pasará por tierras de Andalucía; el segundo, durante veintitrés años, el P. Jesús González será el gran misionero en tierras del Territorio Federal Amazonas de Venezuela.

A Cádiz, siempre en tierras andaluzas, siguió Montilla, donde terminó su aspirantado. Y en San José del Valle (Cádiz) hace su Noviciado y cursa los estudios de Filosofía. El 1 de Noviembre de 1932 hace su profesión religiosa. Pasa los duros años de la guerra civil española (1936-39) en Alcalá de Guadaira (Sevilla) en calidad de Maestro y Asistentes, y en 1940 lo encontramos en Madrid (Carabanchel Alto) para cursar la teología. Aquí, el 6 de junio de 1940, hace su profesión perpetua. En el mismo Madrid, el 30 de mayo de

1942 recibe la Ordenación Sacerdotal y es destinado sucesivamente a los Colegios Salesianos de Triana (Sevilla: 1942-43), Utrera (Sevilla: 1943-45), Ronda (Málaga: 1945-47), Alcalá de Guadaira (Sevilla: 1947-53), desempeñando los cargos de Director de Estudios y Animador de Pastoral entre los bachilleres.

Pero como él mismo nos ha dejado grabado en una narración, no se sentía satisfecho, y quería donarse más en una vida de mayor sacrificio y entrega. Fue entonces cuando tomó en sus manos el «Elenco de la Congregación Salesiana» y buscó el lugar que él creyó más acorde con sus aspiraciones apostólicas: el Vicariato Apostólico de Puerto Ayacucho, en Venezuela, fue el escogido.

«MONSEÑOR GARCIA ME LLAMO»

Inmediatamente se comunicó Mons. Segundo García, recién nombrado Vicario Apostólico de Puerto Ayacucho. Le manifestaba sus ansias y deseos de realizarse como misionero en el Alto Orinoco. Monseñor, a su vez, lleno de satisfacción, lo aceptó inmediatamente.

—Monseñor García me llamó oficialmente para que trabajase con él, -afirmaba el P. González.

Sin embargo, no fue fácil su venida a Venezuela. Tuvo que intervenir directamente el P. Renato Ziggotti, en aquel entonces Rector Mayor de los Salesianos, para que el Inspector de Andalucía dejara salir para las Misiones al P. González.

El 5 de noviembre de 1953 llega a Venezuela. El P. Tantardini, Provin-

cial de los Salesianos en Venezuela, le propone el Liceo San José de los Teques como lugar de trabajo. El P. González insiste en sus deseos, y al mes de llegar a Caracas es destinado a las Misiones.

El año escolar 1953-54 lo pasa en Puerto Ayacucho, como Secretario del Sr. Obispo y Párroco de la Catedral. Los dos años siguientes, 1954-56, lo encontramos en la Colonia Coromoto, como encargado responsable de la misma. E internándose poco a poco en el Territorio, transcurre el año 1956-57 en San Fernando de Atabapo como Párroco y Encargado de la Misión. Durante ese año, en compañía del Salesiano Laico Sr. Clarcencio Mendoza realiza una gira apostólica, por la zona del Alto Ventuari, río que desemboca en el Orinoco más arriba de San Fernando de Atabapo. Dice el Padre González:

—En esa gira nos tocó hacer de todo: ya bautizábamos, ya legalizábamos -debidamente autorizados- matrimonios civiles...

El fruto de esa gira apostólica fue la determinación, por parte de Mons. García, de fundar la «Misión del Alto Ventuari», para atender pastoralmente esa amplia zona del Territorio Amazonas, poblada por indios maquiritares, guahivos, piaroas y otras tribus menores, pero que estaban relativamente «culturizados». El P. González escogió como sede de la Misión una región a orillas del río Manapiare, pequeño afluente del Ventuari, en una zona selvática, pero de tierra fértil.

FUNDACION DE SAN JUAN DE MANAPIARE

Monseñor confirmó al P. González, juntamente con el Salesiano Laico Sr. Francisco del Mazo, para que fueran los fundadores de la nueva Misión. En narración grabada, cuenta el P. González:

—El 4 de noviembre de 1957 llegamos el Hermano Francisco del Mazo y yo a San Juan de Manapiare para abrir aquella Misión.

Se puede asegurar que con la fundación de la Misión «San Juan Bosco», a orillas del río Manapiare, quedó fundada la ciudad de San Juan de Manapiare. Por los alrededores sólamente había una que otra casa: la de D. Melicio Pérez, la de D. Hilario Acosta, donde se hospedaron los misioneros mientras levantaban su casita, y alguna que otra perdida en la región. Pero distaba mucho de tener la figura de pueblo.

La actividad misional la desarrolló en los caseríos cercanos. En uno de ellos, denominado Parucito, el P. inició unas clases de todo un poco, con el objeto de promocionar humanamente a los indígenas y enseñarles, al mismo tiempo, a cultivar la tierra. También visitaba el Padre el caserío llamado Cucurito y otros.

Muchas veces, la caridad le inclinó a hacer de buen samaritano. Curaba y daba remedios a todo el que lo necesitara. Y, en ocasiones, también le tocó ejercer, junto con la caridad, la justicia, dirimiendo pleitos y enderezando lo torcido. Así, sabiamente, armonizaba la autoridad de sacerdote y maestro con la de comisario, sea en

el pueblo incipiente, sea en los caseríos de los alrededores que visitaba con frecuencia.

En el 1967, cuando ya en Manapiare se contaba con un «pueblo», indígena, por supuesto, cuando ya éstos iban conociendo las ventajas de la civilización, enseñó y ayudó a los indígenas a cultivar debidamente el maíz que aquella tierra de promisión producía de primera calidad. Y en poco tiempo se pudieron contar los quintales de maíz que salían de Manapiare en los aviones de las FAV para los bancos agrícolas del interior (Maracay y otras ciudades).

En esta labor, el P. González se propuso defender al indio contra los explotadores de la mercancía, de manera que ninguno de los productores quedaba defraudado en la compra-venta. A cada uno se le daba lo justo en proporción a su trabajo.

También, para favorecer la alimentación de los habitantes de la región, el Padre González organizó el famoso hato «El Yaví», en donde se fundó una Sociedad Ganadera. Al día de hoy, en San Juan de Manapiare y alrededores, se cuentan unas dos mil reses.

EN EL CORAZON DE LOS YANOMAMI (GUAICAS)

Desde San Fernando de Atabapo, Orinoco arriba, tras largas horas y días de navegación, se van dejando atrás las desembocaduras del Ventuari, Cunucunuma, Caño Casiquiare, Padamo, Ocamo, Mavaca y otros ríos y afluentes de menor importancia, antes de llegar al Platanal, pues-

to de avanzada de las Misiones Salesianas, en el corazón mismo del mundo de los yanonami (guaicas). En 1968 el P. González deja su querido «San Juan de Manapiare» para encargarse de la Misión de «El Platanal». Hasta 1975, durante ocho años, instala sus tiendas entre esos venezolanos, los más primitivos de nuestro territorio nacional y, casi, de nuestro planeta. Pero el P. González los siente hermanos, personas capaces de superarse cada día más y de llegar a realizar su propio destino. Se convence de que allí la labor del misionero es insustituible. Y así lo proclama. Y así vive. En una difícil acción de promoción humana. Para ello, afirma, hay que respetar la «idiosincrasia» del indio, su manera de ser, pero inculcándoles normas de higiene, de convivencia, de sociabilidad, de cómo ganarse la vida honradamente, de respeto mutuo. Hasta sus creencias religiosas deben ser respetadas: lo cristiano lo aprenderán con el estímulo de los ejemplos. Sabe que con la acción del misionero pueden llegar cosas no tan perfectas. Sin embargo, el misionero debe hacer lo posible para preparar a los indígenas a la civilización que inexorablemente se les viene encima, para que no desaparezcan. En esta labor, con los niños, la acción es más fácil que entre los adultos. Por eso «tratamos básicamente con ellos, sin descuidar a los adultos», decía el P. González. Pero que quede bien claro: no queremos cambiar al indígena, sólo queremos aportarle aquellos elementos de nuestra civilización que le ayuden a mejorar y a subsistir. Ni siquiera el

vestido le imponemos. Respetamos la libertad. Cuando lo piden se les entrega. Ellos ven vestido al civilizado y, como lo creen un ser superior, quieren imitarlo. A veces, en su vida inocente, es mejor que no lleven vestido, a que lleven un traje que no limpian nunca y que puede ser foco de infección y transmisión de enfermedades. «No creemos bueno el paternalismo: la costumbre de darlo todo, regalarlo todo. Nos parece más educativo el método de que hagan un esfuerzo para conseguir las cosas, como hace la mayoría de la humanidad. En este sentido «educativo» ya planteado el canje de objetos con los misioneros.

«Por aquí no he conocido ningún caso de enfermedades propias de la civilización, como tuberculosis, cáncer, enfermedades del corazón. Sí, existen enfermedades comunes, como paludismo, gripes, etc. Pero si no se les proporcionan remedios, mueren, sin compasión, a veces masivamente en el interior de la selva, aunque no lo sepamos, porque no hay nadie que les atienda. En este sentido la acción del misionero es imprescindible» (todos estos conceptos han sido seleccionados literalmente de unas grabaciones hechas al P. González, en 1974, cuando trabajaba en El Platanal).

En esta misión el P. González tuvo que hacer de enfermero, maestro, constructor, y de cuanto inspirase la caridad cristiana.

En 1975, el P. González regresa a Puerto Ayacucho y durante un año ejerce el cargo de Pro-Vicario.

EL TRIGO EN EL SURCO

Al comenzar el presente año escolar, septiembre de 1976, regresa a Manapiare. Pero a los pocos meses, como el trigo en el surco, el P. González cayó en la brecha. El P. Luis Arranz, misionero salesiano, escribe así:

«Su espíritu apostólico le llevaba constantemente de una parte a otra visitando poblados indígenas (unos 12) distanciados entre sí hasta un día de camino.

En la mañana del 1 de enero, después de la misa de medianoche, con asistencia de toda la población indígena y criolla, se desplazó con un clérigo y otros dos criollos a los caseríos más próximos de Terecay y Morrococoy, que se hallan de San Juan de Manapiare a 11 y 22 Kms. respectivamente... Hacia las 11,30 de la mañana, cuando ya regresaban a la misión, el tractor agrícola donde viajaban encontró un vacío, un bache que lanzó al querido Padre Jesús hacia adelante... dejándolo instantáneamente muerto. Pararon de inmediato el tractor y entre todos con el máximo cuidado trataron de hacerle volver en sí, pero sin resultado. El corazón había dejado de latir: entregaba en la brecha su alma a Dios.

Durante todo el viaje, tanto a la ida como a la vuelta el P. Jesús no hacía más que recomendar a los otros que bajaran la cabeza, se inclinaran para este lado o para el otro, por las muchas ramas de árboles que circundaban el camino y que se agarraran bien, pues siempre existía el

peligro... Después sucedió el accidente.

El llevaba ya tres noches de casi completo insomnio y pudo ser muy bien que esto lo distrajera y le hiciera perder el equilibrio y la vida.

Ese mismo mediodía, por la radio aficionado, se anunció a todas las autoridades y salesianos la fatal noticia y de inmediato el Sr. Obispo, acompañado del Sr. Gobernador del Territorio con su Sra. y el Comandante Jefe de la Marina del Territorio y otros amigos se desplazaron en avionetas al lugar del siniestro .

Hasta aquí el P. Arranz.

Y entre los suyos, a quienes tanto quería, y en el templo por él construido, quedó enterrado. Como el trigo en el surco. El P. González, ahora más que nunca, seguirá siendo semilla de esperanza. De cosecha generosa y abundante.

«TODO PARA TODOS»

Ejemplo de servicio, de humildad, de trabajo, de caridad, fue el P. González.

Muchísimas anécdotas al respecto se podían contar.

Doña Carmen (dama de San Juan) se expresaba así: «El P. González no podía ver una necesidad sin socorrerla. Se necesitaba agua, allí estaba el P. González para remediarlo.

Se iba la luz, allí iba el Padre para que aquella gente tuviera luz... Este era nuestro Padre González».

El 24 de diciembre último, en el caserío Aeropuerto falta el agua. Tienen que ir muy lejos para conseguirla. El P. González sacó de la

Misión la mayor parte de las tuberías (unos 200 metros) para que a esa gente les llegase el agua hasta la misma puerta. Ese veinticuatro estuvo trabajando hasta las ocho de la noche para que -palabras textuales- «aquella pobre gente que estaba sin agua la tuviera cerca».

En una ocasión después de horas y horas de trabajo, logró instalar la moto-bomba para el agua, llegó a almorzar a las cinco de la tarde, pero contento porque el pueblo ya podía tener agua. «Nadie puede estar sin agua, tan necesaria es para todo».

A las hermanas las quería así, como «hermanas». Les arregló la instalación de la luz y del agua, para que nunca les faltasen. Igual hacía con los particulares, como sucedió con el Señor Quero, quien acompañaba al Padre en el instante del accidente. Apenas se enteró el Padre que la instalación del amigo se había dañado, tomó alicates, cables y todo lo necesario y la instalación quedó como nunca, de nueva. El Sr. Quero repite con frecuencia la anécdota.

A una maestra, para que no se le dañara la vista, le instala -en gesto de verdadera delicadeza- un flexo de luz en la sala de clase. Así podrá trabajar en las tardes.

En Manapiare todos tienen que contar algún favor recibido.

El P. González tenía una ilusión. Y era que la carretera que debe unir a Caicara con Manapiare saliera adelante. Y en la carretera por él soñada derramó su sangre.

No cabe duda, el P. Jesús González fue un misionero de verdad, lleno de amor por su pueblo, que lo impulsó a darse todo a todos. ¿Habrá algún joven generoso que quiera seguir sus huellas?

Queridos hermanos: en esta hora dolorosa para nuestro trabajo misionero debe aleentarnos la fe que inspiró y orientó toda la vida del P. González. La esperanza que tenemos en que él ya goza del premio eterno y de la compañía de su Señor y Maestro nos hace dirigir una oración para implorar vocaciones apostólicas que separan dar su vida en la búsqueda del reino de Dios.

Affmo. en Don Bosco

P. Ignacio Velasco
Inspector

P. GESU GONZALEZ HERNANDEZ

- Nato a Aldeadávila de la Ribera, Salamanca, Spagna, 1' 8-10-1916.
- Morto a San Juan de Manapiare, Territorio Amazonas, Venezuela, 1' 1-1-1977 a 61 anni di età, 45 di professione e 35 di sacerdozio.
- Fu per 3 anni Direttore e per 1 Pro-Vicario.

=====

Con un' ottima preparazione intellettuale e morale, esercitò varie cariche delicate nella sua Ispettoria di origine (Seviglia-Spagna), fino a quando nel 1953, spinto da una superiore vocazione, lasciando un' - avvenire brillante, se ne venne alla Missione dell' Alto Orinoco, in Venezuela. Ivi fu incaricato di varie residenze missionarie fino al giorno della sua tragica morte nel pieno campo del lavoro....

Il nomignolo amichevole di "Tigre del Manapiare" viene ad indicare la sua fibra di missionario, dominatore della selva e fondatore di città.

Qualità umane non indipendenti da una squisita carità, umiltà e spirito di lavoro che lo resero sempre tutto a tutti specialmente trattandosi dei suoi indigeni, i famosi "GUAICAS".

